SINOPSIS DE GUION

de la película titulada

"GUSTAVO ADOLFO BECQUER"

por

Santiago Montoto
de la Real Academia Española

Madrid, 1946.



Época actual.

Aparece una vieja calle de Sevilla inundada por la luz de la luna. A lo lejos se ve avanzar a una pareja de enamorados, que muestran su amor intercalando algún que otro verso de Becquer. Ella dice que siempre le atrajo la vida del gran poeta. Siguen andando por varias callejas. Al pasar por frente a un convento se dice que en él suspiró Becquer una de sus leyendas. En una plaza romántica, ante un palacio antiguo se dice que en él tuvo lugar el primer amor imposible de Becquer.

Se detienen en otra calle ante una casa, y leen en la lápida que conmemora el nacimiento de Bécquer. "En esta casa nació..."

-¿Fué feliz el poeta?

-La historia lo pinta como un atormentado del amor... Tal vez no lo fué tanto.

-Amó a muchas mujeres.

-Pero no fué comprendido por ninguna.

-Fué tras un amor imposible.

Frondoso jardín romántico. Al fondo pasa la sombra de la figura del poeta (con arreglo al auténtico retrato que posee el autor); hay una alada música de violines y, dominándola, se oye la suave voz de Gustavo Adolfo que dice con emoción la rima autobiográfica (que posee el autor y que es desconocida).

Sevilla. Vista de la Ciudad.

Estamos en 1852. Casa modesta, pero decorosa, de los Hermanos Becquer. Habitación donde hay profusión de cuadros. En un ángulo, sobre un caballete el retrato casi acabado de Bécquer que pinta del natural su hermano Valeriano, inseparable y constante admirador del poeta. Diálogo de los dos her-

manos en el que se dirá que el retrato se hace para que quede de recuerdo en la casa,mientras el pintor no pueda trasladarse a Madrid a reunirse los dos hermanos. El poeta, exaltado, habla de los triunfos y de la gloria que en Madrid le aguardan, aunque de pronto muestra sus dudas y sus temores;el pintor le anima... (Entra el poeta Narciso Campillo, (que representa la alegría y la confianza en contraste con su amigo Gustavo Adolfo), entonando un himno a la libertad, que suspende al contemplar la escena. Interviene diciendo "fuera penas, ánimo y adelante, que de ningún cobarde se ha escrito nada", "A Madrid, a Madrid"...

Ya están reunidos los originales de los versos, dramas, comedias que han escrito y que serán el talismán de su triunfo en la Corte. Falta aún el - dinero: solo hay, y muy escasamente, para el pago de la diligencia. ¿Cómo hacerse de unos napoleones para los primeros días de la estancia en la Corte? Campillo propone la venta de unos cuadros que están en las paredes. - Becquer se opone débilmente: son obras de su padre. Valeriano asiente a los proyectos de Campillo. Este dice: "Con los recuerdos no se vive. El pasado no alimenta... Se venderán los cuadros que hagan falta... Hay que triunfar.

La Feria del Jueves en Sevilla.- Se ve la torre morisca de <u>Omnium Sanctorium</u>; ante la portada del templo, muchos puestos de baratijas y de cosas u usadas... Pasa, entre la abigarrada multitud, un ciego cantando una canción acompañado de una guitarra y pidiendo una limosna; se ve avanzar a Bécquer examinando con curiosidad los viejos objetos que hay en los puestos: Cuadros, estatuas rotas. Se para ante un puesto de libros, y los examina.

En uno de ellos se lee: "Poesías de Zorrilla", en otro, "A Tarifa en la Orgía"... Pregunta por el precio de este último, y le dicen que vale seis reales. Introduce la mano en un bolsillo y saca unas monedas, insuficientes para comprarlo. Deja caer entonces el libro con desaliento y pena; el chalán compadecido, le ofrece el libro por las monedas que le ha mostrado y al ir a entregárselas, el chalán le regala el tomo de versos, diciéndolo

-"Usted será poeta y sabrá apreciar el libro". Bécquer, alegre y conmovid le dá las gracias:

-Buen hombre, algún día, cuando la gloria me sonría y no imprima mis versos, corresponderé a su generosidad.

Hay un trato pintoresco entre unos gitanos y un inglés, sobre unas viejas cadenas, que son, según el gitano, las que tenía Nabucodonosor cuando San Fernando conquistó Sevilla a los moros. Le piden al extranjero cien napoleones, para terminar dejándoselas en sesenta reales. Bécquer, desde un ángulo, contempla la escena, de la que toma apuntes en una cartera. - Esta puede verse según Bécquer va trazando el título: "Trato gitano", y al margen, algún ligerísimo dibujo que recuerda la escena.

Se ve ahora a Bécquer ante un puesto donde hay cuadros viejas, y entre ellos los que se supone que Campillo ha vendido y que son los que se vieron en el estudio de Bécquer. El poeta los contempla con melancolía y - queda unos momentos pensativo. Le saca de su abatración una hermosa joven acompañada de una dueña. La joven y el poeta se miran de manera inefable.

Por las calles sevillanas se ve a la joven seguida desde lejos por el enamorado poeta; durante todo el camino ella no vuelve la cara. Llegan - ante una puerta de un palacio -el mismo que se ha visto al principio- y entrar. El poeta ve con desilusión como se cierran las puertas.

Bécquer pasa y repasa por delante del palacio: se supone que está así mucho tiempo; llega la noche. Se oye música suave y romántica.

Habitación del palacio donde la joven toca el piano y entona una canción. Cuando acaba, se asoma al balcón y levanta levemente el visillo.

En la calle, Bécquer contempla enardecido la escena, y cuando trata - de expresar por señas su admiración a la joven, el visillo cae; Se abre el balcón y aparece la dueña que cierra las maderas.

El poeta queda sumido en tristeza; duda, vacila y se aleja del lugar, diciendo:

57

"Te vi un punto; flotando ante mis ojos
la imágen de los ojos se quedó..."

Otra vez el estudio de Bécquer, en el que se advierte la falta de los cuadros ya nombrados. El poeta habla con Campillo, mostrándose indeciso para emprender el viaje. Campillo le dice que ese amor con que ha soñado, refiriéndose a la escena anterior, es imposible, porque la joven es una gran señora y él es un pobre escritor. -"Si tu fueses célebre, si tu nombre sonase por los ámbitos de España, como los de un gran poeta, si lograras tener mucho oro, coches y palacios, esa joven te querría. Hay que ir a Madrid y luchar, a conquistar la gloria y el oro".

Bécquer, súbitamente, se enardece. Irá a Madrid, abandonará Sevilla y luchará hasta hacerse célebre, para que la joven le quiera.

Café del Turco, de Sevilla.- En el centro, desde una silla elevada sobre una tarima, un ciudadano lee la "Gaceta de Madrid", en alta voz. Cuando acaba la lectura, algunos de los concurrentes le dan unos cuartos. Entran varios "niños de la soga", ofreciendo lumbre a los fumadores.

En un rincón del café, donde tienen establecido su Parnasillo los poetas jóvenes y bohemios sevillanos, se habla de Bécquer, de su carácter, de sus ilusiones amorosas, de sus ensueños de gloria... Poco a poco, los tertulianos van desapareciendo, pues dicen que van a la parte alta del café, donde se celebra un baile en el que actúan guapas muchachas. Se les ve subir las escaleras y el salón de baile.

Este está alumbrado por cuatro quinqués de aceite. Hay un pequeño espacio circular formado por sillas, donde bailan. Al fondo, contrastando con la blancura de las paredes encaladas, se ve a un solo guitarrista vestido de negro, y a las dos bailarinas, muy jóvenes. Visten corpiños bordados de lentejuelas, y mientras no bailan se cubren con manteletas. Completan el grupo los servios y los familiares de los artistas. Quedan solos Narciso Campillo y Ramón Rodríguez Correa, en la parte baja del establecimiento.

Llega entonces Bécquer y les enseña el pasaporte del viaje. Los tres hacen la famosa y conocida cuenta de lo que ganarán en Madrid; lo que sobre de aquella cantidad, una cifra fabulosa para los jóvenes poetas, se le dará según propone Bécquer, a los pobres.

Campillo insinúa que debían subir al baile, como despedida de la Sevilla castiza, antes de que Bécquer empreda el viaje.

Cuando llegan, el baile está en su esplendor; el guitarrista toca el Ole. Una de las bailarinas lo hace con el sombrero, y en sus giros hace como que pone el sombrero a un espectador, pero lo engaña; hace lo mismo con otros, hasta que lo deja sobre la cabeza de Bécquer, en señl de agrado. Todos aplauden. Bécquer, todo confuso, devuelve el sombrero. Sale al centro obra bailarina, que en contraste con la anterior es rubia. Baile en forma parecida a la otra y también deja el sombrero a Bézquer.

En un ángulo del salón hay una hermosa mujer enlutada, a la que Bécquer no ha dejado de mirar con frenesí desde que llegó. Hace por dirigirse a - ella, pero varias veces es esquivado con coquetería.

Al poeta se le aparecen sucesivamente, en sueños, estas tres mujeres, y en sus apariciones respectivas dirá los tres momentos de la rima:

- Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
De ansias de goces mi alma está llena
¿A mí me buscas? -No es a tí, no.

- Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
Puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas? -No, no es a tí.

- Yo soy un sueño, un imposible
Vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible.
No puedo amarte.- ¡Oh, ven; ven tu!

Saloncito romántico en casa de doña Manuela Monchay, la madrina y protectora de Bécquer. El poeta va a despedirse de su bienhechora, que quiere convencer al poeta para que se quede en Sevilla. En Madrid no encontrará mas - que peligros y hostilidad. El está delicado y necesita los cuidados de la fa

milia en Madrid, además, las mujeres son engañosas; hay muchas pulmonías, mucho frío y no es oro todo lo que reluce; que se quede Bécquer en Sevilla, que deje sus versos que no dan para comer y ella lo pondrá al frente de la tienda que tiene, que es un buen negocio. El poeta se mantiene firme en su decisión y se despide, dejando a la madrina, que con el pañolito de encajes enjuga una lágrima.

La plaza del Duque en Sevilla, de donde salen los coches del posta y las diligencias para Madrid y otros puntos de España. Gran animación de grente de muy diversa catadura. Se ve la diligencia que hace el viaje a Madrid. Van llegando viajeros con sus equipajes; un militar, un canónigo, varias señoras comerciantes, estudiantes. Llega Bécquer con su hermano Valeriano y con Campillio. El equipaje del poeta es pobre. Se acomoda en su asiento junto al canónigo. Frente va una joven hermosa.

Las señoras preguntan al militar si habrá bandidos al pasar por Sierra - Morena. El canónigo se persigna. Un extranjero muestra su asombro.

Campillo, momentos antes de partir la diligencia, le entrega una cartera de papeles: "Mucho cuidado: son los versos mios; publícalos con los tuyos en Madrid, para que cuando yo vaya ya me conozcan". Valeriano dice a su hermano que tan pronto venda unos cuadros y reuna unos reales, volará a la Corte, a su lado, para triunfar.

Arranca la diligencia que se ve transitar por las calles sevillanas y salir por una de las viejas puertas de las murallas. Sevilla se va perdiendo a lo lejos, mostrnadose de muy diversas maneras; apenas se ve, por último, y sólo se distingue la parte mas alta de la Giralda.

La diligencia está ya en pleno campo. Se oye el cascabeleo de los caballos y el látigo del mayoral. El zagalillo en el pescante, canta:

"Cuando salí de Sevilla
volví la cara llorando,
¡Adios, tierrecita mía...
¡qué lejos te vas quedando!"

El poeta, maquinalmente, vuelve la cabeza hacia donde se supone que queda

la ciudad, y dice con profunda emoción: -"¡Adios, tierrecita mía!".

Es de noche. La diligencia avanza a la luz de la luna. Los viajeros empiezan a acomodarse para dormir. La joven sonrié dulcemente al poeta, a quien pregunta:

-¿Vais muy lejos?

-A Madrid.

-¿A la Universidad?

-A soñar despierto.

Se simulan los sueños del poeta: Aplausos en los liceos; triunfos en los teatros; los periódicos que con grandes titulares publican las poesías becquerianas; las parejas de enamorados leen, diciéndose su amor, las <u>Rimas</u>, en los mas apartados lugares del mundo. Las imprentas publican sus ediciones colocación de una lápida en la casa donde nació y la inauguración de un monumento en las orillas del Guadalquivir. Mientras estas escenas pasan, se verán varias veces distintos puntos del interior de la diligencia con los viajeros dormidos y a Bécquer soñando.

Habitación modesta, en casa de doña Soledad, mujer sevillana que para ayudarse a vivir admite huéspedes. Doña Soledad siente profunda simpatía por el mocito sevillano que acaba de llegar a la Corte; para él son todos sus mimos de pupilera. Diálogo breve de Doña Soledad con Bécquer, en el que ésta cuenta su desilución de la vida madrileña. Se despide de doña Soledad para seguir su peregrinación buscando lugar donde publicar sus versos.

Redacción de un periódico.- Bécquer ofrece al Director unas <u>Rimas</u>, que el director rechaza "porque no tienen interés". Escriba usted artículos políticos, de lucha -le dice, Bécquer sale cabizcajo.

Una calle madrileña, por la que transita el poeta. Asomada al balcón está Julia Espín, el amor ideal de Gustavo Adolfo. Queda prendado de ella, y subyugado, tímido, la contempla desde una esquina.

Cuarto de Bécquer en la casa de huéspedes.- El poeta pasa y pasa hojas - en blanco de un almanaque; al llegar a la del día en que vive, escribe:

"Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado.
Hoy creo en Dios".

Llega la pupilera, doña Soledad, que con grandes rodeos y haciendo un esfuerzo le dice que desde que está en su casa, hace dos meses, no le ha pagado nada. Bécquer ofrece, todo turbado y triste, que saldrá a buscar trabajo aunque sea en los oficios mas bajos. Si no lo encuentra, abandonará la pensión y le dejará en prenda el cofre con el tesoro de sus poesías. Doña Soleda, enternecida, le dice que puede estar en su casa todo el tiempo que quiera, que ya le pagará.

Queda Bécquer solo y buscando inspiración; se ve en el fondo, como en un telón, la mujer que vió en el palacio de Sevilla; la que fué frente a él en el viaje a Madrid, y Julia Espín, asomada al balcón. Después de la evocación de estas imágenes escribe con mano trémula los primeros renglones - de la Rima Eterna... Luego se interrompe y dibuja al margen de la cuartilla el rostro de una mujer ideal; apenas lo ha bosquejado, escribe el final de la Rima:

"Mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía".

Despacho suntuoso en casa del Duque de Rivas.- Un criado anuncia que hay un joven que desea ver al senor. Trae una carta que le entrega. El Duque la lee y ordena que pase el pretendiente. Entra Bécquer tímido; el Duque le recibe con llaneza acogedora; le pregunta por sus versos, y le dice:

-Conocí a su familia: su padre de Vd. me hizo el dibujo para algunos de mis artículos. Procuraré complacerle y dar satisfacción al amigo de Sevilla que lo apadrina.

"¿Que sabe Vd. hacer? ¿Es usted médico? ¿Abogado? ¿Ingeniero? -Soy -dice Bécquer- poeta". -Pues como mi poder no alcanza para darle un empleo en el Parnaso, lo colocaré en Hacienda, que es el Ministerio en el que más

se sueña y se fantasea.

Negociado en el Ministerio de Hacienda.- Bécquer, ante un pupitre, cumple son sus deberes de oficinista. Lo hace mal, y se ve que no ha nacido para ello. Pronto deja los expedientes y sobre un pliego que encabeza el rótulo de Hacienda Pública, se entretiene en pintar mariposas, flores... y escribe y borra al principio de una de sus más conocidas rimas.

La casa de huéspedes de doña Soledad, ya conocida.- Bécquer está jubiloso ha cobrado la primera paga como oficinista y se dispone a saldar con la buena patrona, su dueña. Doña Soledad se niega. Le dice que ya lo pagará, que con ese dinero arregle algo su indumentaria y se vaya a la calle a ver las muchachas bonitas.

Café madrileño y en él "el Parnasillo".- Los asistentes hablan de literatura y política en tonos exaltados. Bécquer, entre ellos, está silencioso, como oyendo su voz interior. Uno de ellos le habla de que ha encontrado para él un modo de ganar dinero: traduciendo unas obras del francés. Hay que hacer el trabajo pronto. Bécquer se queja de su falta de salud; se levanta las noches escribiendo y escribiendo; pero no obstante, se compromete a la traducción, porque está muy necesitado.

Calle madrileña ya aparecida en otra ocasión.- Y en el balcón, otra vez, Julia Espín, como la primera vez que la vió el poeta, no advierte la admiración de que es objeto y permanece indiferente. Al abandonar la calle, el poeta empieza a media voz, sintiendo la llama de la inspiración:

"Es un sueño la vida
pero un sueño febril que dura un punto".

La oficina del Ministerio de Hacienda.- Bécquer, en su pupitre, aparta los prosaicos expedientes y escribe versos y dibuja. Un oficinista admirador del poeta se le acerca, contempla lo que escribe y le pide explicaciones de lo que aquellos dibujos representan. Bécquer, entusiasmado, empieza a explicárselo:

-Este es Hamlet. Esta es Ofelia. En esta situación les sorprende el Jefe de la oficina. Sin darse cuenta, el poeta sigue su explicación, diciendo: "Esta figura sobra aquí". Entonces le interrumpe el jefe de la Oficina, diciéndole en tono irritado: "Ya hay dos que sobran. Queda usted cesante".

Habitación de Bécquer en casa de doña Soledad.- El poeta está convaleciente de una grave enfermedad. Doña Soledad le cuida como una madre. Le dice que no trabaje tanto, que no sueñe tanto y que no escriba mas veros y novelas.

Ya está bueno y no hay que recaer. De un día a otro llegará su hermano Valeriano.

Se dejan transcurrir varios meses. La habitación de Bécquer sirve de escena, completamente transformada. En un ángulo, un caballete con un cuadro a medio hacer. Se ven varios cuadros mas, por las sillas. Bécquer y su hermano Valeriano, con otros amigos, celebran la creación del periodico Doña Manuela, que dirigirá el poeta. Todo es alegría. Bécquer toca la guitarra y uno de los circunstantes, sevillano, en recuerdo de la tierra, canta unas soleares; mientras cantan y suena la guitarra, se ve aparecer a la servidumbre de Doña Soledad.

Una sala de recibo de clase media. Un piano, una camilla sofá... Es una reunión donde se toca el piano, se leen poesías y se juega a las prendas. Muchachas y muchachos, todos aficionados a las artes. Se dice que esta noche vendrá un poeta sevillano muy aficionado al amor. Hay gran espectación.

Llega Bécquer, acompañado de su amigo el música Reparaz. Presentaciones de rigor. Bécquer, conformer va conociendo a las jóvenes, muestra su rostro en muy diversas expresiones de admiración. De toda las jóvenes, la que mas le impresiona es Casta Esteban, bellísima mujer, que será la esposa del poeta en breve plazo, y que desde el primer momento muestra su poca espiritualidad. Sin embargo, llama la atención por su rara hermosura.

Bastan unas miradas de inteligencia para que Bécquer y Casta Esteban se sientan atraidos. Bécquer, que hasta entonces se había mostrado tímido, empieza a demostrarle a Casta la pasión que ha surgido de repente en su corazón. Ella, cuando el poeta le diga las mas bellas frases, lo traerá con su prosaismo a la realidad.

La reunión está en su apogeo: el piano, tocando por una hermosa joven, preludia un vals romántico y bailan las parejas. Bécquer, que no sabe bailar, se queda en un ángulo con Casta, mientras le habla de su pasión. Terminado el baile, un poeta recita unos versos. Todos piden entonces a Bécquer que diga una de sus poesías; después de muchas escusas, que no le admiten, el poeta recita con gran sentimiento una de sus rimas. Se supone que la noche va avanzando. Las velas de la araña están casi terminadas, y se oyen dar dos campanadas en un reloj cercano.

Se despiden los últimos invitados. Bécquer, al bajar las escaleras, pide permiso a Casta para acompañarla a su casa.

En un café.- Ante la mesa, Bécquer habla de planes literarios con sus amigos. La charla deriva al noviazgo reciente, y Campillo y Valeriano se creen en la obligación de advertirle que Casta no convenía con su carácter Es prosaica y vulgar, aunque reconocen que es hermosísima.

Hay una alusión a las mujeres ideales del poeta, sobre todo a Julia Espín, que aguarda al poeta todas las tardes en el balcón, y que en su obsequio toca el piano maravillosa música. Entre otras composiciones, la marcha fúnebre de Chopín. "Me gustaría -dice Bécquer con emoción- que cuando yo muriese sonara esa música divina".

Jardín del Retiro en Madrid: En un banco, Bécquer con Casta leen en un libro y se reproduce la escena de la Rima que dice: "Tu mano entre mis manos..." para terminar dándole un sentido beso en la frente.

Despacho parroquial, ante el Cura Rector.- Comparecen los testigos para

declarar en el expediente secreto. Se vá a celebrar el matrimonio de Bécquer con Casta. Razones íntimas aconsejan que el matrimonio se celebre lo antes posible y con el mayor sigilo.

Han pasado varios años: Bécquer va triunfando. Su indumentaria es la de un señor. Se le vé en un lujoso despacho dirigiendo "La Ilustración de Madrid", pero su semblante acusa profunda melancolía. Anuncia a un redactor que tiene que marchar al campo, para procurar reponer su salud y su espíritu.

Irá a Noviercos, el pueblo de su mujer, a restablecerse.

Pasa la escena a este pueblecito.- En una casona hay una fiesta familiar donde se vé a Casta, algo desaliñada, con su pequeño hijo. En el matrimonio se advierte que no reina la mejor armonía.

Escena de Casta con su antiguo novio, donde ambos recuerdan mejores tiempos. Bécquer los sorprende en este coloquio y estallan los celos. Salen desafiados, después de agredirse violentamente. El suceso corre por las bocas del pueblo, y los mozos se manifiestan contra el señorito poeta.

Este, sólo, se vé obligado a abandonar de noche Noviercos, a lomos de un mal rocín. Se supone, que en la noche y durante el trayecto, escribe la rima

"Cuando me lo dijeron sentí el frio
de una hoja de acero en las entrañas".

Despacho de la Revista que Bécquer dirige.- El poeta muestras las huellas de su dolor espiritual, que se traducen en un visible agotamiento físico. Sobre la mesa de trabajo inclina la noble cabeza, esperando las palabras que expresen sus pensamientos. De su abstracción lo saca la presencia de un joven artista. Tímidamente, como Bécquer lo había hecho años antes, se atreve a suplicar que le publiquen sus dibujos en la Revista. Es pobre, huérfano, soña-

dor, y ha tenido que emplearse en oficios humildes para comer. Ha venido a la Corte buscando la gloria...

Mientras el joven artista cuenta rapidamente su vida, Bécquer, conmovido, siguiendo ávido la relación, como si le bebiera el espíritu, anticipándose a sus pensamientos, repite para sí, imperceptiblemente, al final de cada período: "Igual, igual, igual".

Se reproducen aquí las escenas en que se ha visto a Bécquer mendigar en balde, en las redacciones de los periódicos, como si pasaran, evocadas, por la mente del poeta... Al terminar la relación el pintor, Bécquer, volvando su corazón generoso, le anima, aunque con finísima y amarga ironia le dice que la Gloria es como la amante, que más se desea mientras más esquiva se muestra al que le abre su corazón y su alma.

Le dice al pintor que puede dejarle algunos dibujos, que los insertará en la Revista. El joven pintor, humildemente, dice que su ideal seria ilustrarle alguna rima.

-Ni yo mismo podria hacerlo, -le contesta Bécquer- porque mis versos son

espíritu sin nombre.
Indefinible esencia.
.. ..
perfume misterioso
del que es vaso el poeta".

De la cartera que saca del bolsillo interior de su levitín, extrae un plieguecillo: lo mira atentamente, como recordando el momento melancólico en que fué concebida, y despues de ligera vacilación, le dice al pintor: "¿Podría usted interpretar esta Rima"?. Bécquer, más que con las palabras, dice con el gesto, apenas sin mirar el papel que se mueve levemente por el temblor de su mano:

"Llegó la noche y no encontré un asilo;
¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí...
¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
cerré para morir"!

¡Estaba en un desierto! ¡Aunque a mi oido
de las turbas llegaba el ronco hervir,
yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
desierto para mí".

Gabinete de confianza, en casa de Gustavao Adolfo, tal como aparece en el cuadro que pintó Valeriano. Este cuadro, que es muy grande, ocupará el testero principal.)El espectador ha de ver, rápidamente, que el gabinete que tiene ante la vista es el mismo que está reproducido en el cuadro. En él se vé a Bécquer de pié, a su mujer sentada en una butaca, y a sus dos hijos jugando en el suelo con un balón de gran tamaño).

El poeta, sentado, dá muestras de cansancio y preocupación. Su hermano Valeriano procura distraerlo: le habla de proyectos artísticos... Como el poeta apenas si lo oye, perdido en sus tristes pensamientos, le dice que tiene que poner unos versos en un álbum de una mujer hermosa. Bécquer pregunta por su nombre. Valeriano responde que es un enigma; Bécquer, transfigurándose por un momento, insiste: "¿Quizá es aquella..." - Valeriano le contesta: "No; aquella no és...

-¿Beatriz?, ¿Laura?, ¿Lucinda?...

-No sabes su nombre.

-¿La conozco yo?

-Sí; pero ignoras cómo se llama; ella sí sabe tu nombre.

-¿Quién es? ¿Acaso...? (Se oye muy a lo lejos la música de Chopin que evoca la figura de Julia Espín asomada al balcón) - Basta. No quiero saber su nombre... Es ella; la ilusión, la poesía... Pero... ¿existe esa mujer? ¿Tiene vida real, o es ilusión o delirios de mis ensoñaciones...? ¡Dáme, dáme el álbum. Yo escribiré, más con el alma que con el pensamiento, cadencias que el aire dilata en las sombras, como la música divina que arranca del marfil de su piano.

70

-Pero no; no soñemos... -y, encarándose con el cuadro donde está él con su mujer, dice a la efigie de Casta: "También yo a tí te soñé; también te idealicé en mis noches de fiebres; también yo puse mi alma en los versos que me inspiraste. En la primavera de mi vida llena de nieves y de sombras, yo te decía:

"Tú aliento es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía
.. ..
tu creces de mi vida en el desierto,
como crece en un páramo la flor".

Al empezar Bécquer este breve e intenso parlamento, aparece Campillo en la puerta de la sala, e interviene poniendo, como siempre, un matiz de fina alegría andaluza, trayendo a la realidad al soñador poeta. Campillo y Valeriano dicen a Gustavo Adolfo que tiene que sobreponerse, abandonar Madrid por una temporada. ¿Por qué no ir a Toledo, donde Bécquer halló en otra ocasión la tranquilidad perdida? ¿Tal vez -dice Campillo, entre excéptico y creyente- encuentres a aquella mujer ideal que desde el alfeizar de una ventana morisca te llamaba con su mano de nieve.

-No me hagas soñar -replica el poeta, entornando con deleite los ojos, como para evocar un delicioso sueño...

Aparece Toledo.- Por sus calles, donde palpitan tantas leyendas, se vé al poeta, joven y lleno de vida, con su cartera de dibujos y sus lápices, toma apuntes de los más insignes monumentos, y de labios de alguna vieja traslada al papel cuentos y leyendas. Llega a una solitaria plaza en cuyo fondo hay un hermoso palacio; árboles frondosos y plantas trepadoras florecidas asoman por las tapias y escalan balcones y ventanas. Bécquer, maravillado por la magia del lugar, lo escoge para dibujarlo; se sienta sobre un roto capitel y empieza su labor que interrumpe de pronto, porque algo maravilloso ha visto con los ojos o con la fantasia. Trata de cer-

71

ciorarse que no sueña... Desde una ventana, una mano delicadísima lo llama... ¿Será a él? Mira a su alrededor... En la plaza no hay ninguna otra persona. Es a él... ¿De quién será aquella mano? De una mujer hermosa que él no puede ver, pero que lo presiente... La mano ha desaparecido... Bécquer espera en vano... En su cartera, escribe una fecha...

El poeta, en la época actual, tal como lo vimos en Madrid, pisa por las calles de Toledo... Va en busca del palacio que ahora está triste: Lós árboles muestran sus retorcidas ramas sin hojas; las - plantàs trepadoras están secas y sin flores... el poeta se entristece aún mas al contemplar tanta desolación... Abandona el lugar y se le vé transitando por calles hasta dar ante los muros de un convento; se queda contemplándolo, y vé con admiración cómo tras las dobles celosias de una ventana, la misma mano maravillosa lo llama... corre ansioso al pié de la ventana, pero la mano no vuelve a aparecer; inútil espera... Bécquer escribe en la cartera otra fecha...

Puerta de una Iglesia, en la que entra gente... Hay una vieja - que pide limosna, Las campanitas del Convento unas veces tocan a gloria, otras a muerto... En las plaza unas niñas juegan a la rueda cantando la conocida canción:

"Yo me quería casar
con un mocito hechicero
y mis padres me querían
monjita de un Monasterio..."

Esta escena se reproducirá conforme lo vaya indicando las ceremonias que se supone se celebran en el interior del coro.

"Salieron a recibirme
monjas vestidas de negro...
lo que mas sentía yo
que me cortaran el pelo...

Bécquer, atraido por algo sobrenatural entra en el templo, con-

de secelebra la profesión de una monja... El poeta se interesa vivamente por la ceremonia, y en vano intenta ver a través de las rejas el rostro de la monja... Se vé y se oye el sonido de las tijeras cuando le cortan el pelo, que en abundantes rizos rubios cae al suelo... Bécquer siente vivo dolor ante lo que ven sus ojos... Por fin, cuando la monja dá el último adiós al mundo desde la puerta de la clausura, el poeta puede adivinar el rostro hermosísimo de aquella mujer. ¿Dónde ha visto él a esta mujer? Sale del Templo, pregunta a la vieja, quien le dice que aquella monja fué huerfana y que habitó en un palacio... Bécquer le enseña el que ha copiado, que es precisamente donde vió la mano por vez primera. ¿Será verdad que aquella mujer que imaginó lo llamaba a él, enamorado de todo lo imposible? Saca la cartera y escribe una fecha.

. Sala en casa de Bécquer: Gustavo Adolfo y su hermano Valeriano hablan de Casta, la mujer del primero, que pretende reunirse con su esposo. Valeriano trata de convencer a su hermano de que tal cosa seria volver al infierno de las luchas familiares por la incomprensión y vulgaridad de Casta. El poeta se muestra, como siempre, noble y generoso, dispuesto al perdón, a olvidarlo todo. ¿Por qué no soñar despierto? Ahora mas que nunca necesita los cuidados de la esposa; está enfermo tanto del cuerpo como del alma. ¿Por qué no ha de poder curarlo su mujer?

Gabinete de trabajo de Bécquer; el poeta escribe alguna de sus poesias. Aparece su mujer, que de manera vulgar, y con la mayor indiferencia trata a su mardio. Le echa en cara que, como siempre, soñando y escribiendo leyendas, no está en la realidad. Ella no puede vestir bien, se ocupa en los mas bajos menesteres de la casa, porque tiene poca servidumbre. Ha sido una equivocación su casamiento. ¡Cuan distinto lo que ella pensó al casarse, de lo que

ha sucedido! Hubiera sido mas feliz, seguramente, casándose con aquel su primer novio, de Noviescas. El poeta, herido en lo mas hondo de su ser, rechaza las quejas de su mujer... Para vivir así, para vivir en un perpetuo infierno de incomprensión, mas vale distanciarse otra vez...

Estamos en el Monasterio de Veruela, en el Moncayo. Gustavo Adolfo y Valeriano pasean por la Sierra. El poeta da pronto señales de cansancio. Su hermano lo anima para que se prolongue el paseo hasta la Cruz del Diablo, donde, como todos los dias, esperarán al peatón que trae la correspondencia.

A los piés de la Cruz, Gustavo Adolfo lee, su hermano pinta, Bécquer se muestra encantado del lugar y del paisaje. Solo echa de menos aquella música que toca la mujer aquella, y que él, cuando está en Madrid oye maravillado.

Por la agreste sierra del Moncayo pasa el cartero con su mochila, dándo al viento su copla, una jota, conforme se acerca a los humildes caserios:

"Mocitas del Somontano
os entregaré las cartas
si me pagais con un beso
que yo no diré palabra".

Aparece el cartero, alegria de recibir la correspondencia, en ella vienen los periódicos, entre los que se destaca el Contemporáneo, donde Bécquer colabora. Abre el periódico, donde ha de leerse la noticia de la ida de Bécquer a Veruela, y que desde allí escribirá una correspondencia con la descripción de aquellos lugares.

Interior del Monasterio de Veruela a la caida de la tarde... A la indecisa luz del atardecer se vé al poeta llegar a las puertas del Monasterio, entrar y pasar por los claustros y tránsitos olvidados y ruinosos. Llega a la celda que le sirve de habitación, y

empieza a escribir las famosas cartas tituladas Desde mi celda, que han de verse con grandes titulares en el Contemporáneo... Como si el espectador leyese las cartas, verá el monumento, tal como lo evoca el poeta.

Interior de un imponente salón gótico del Monasterio. A la luz de la lumbre de una gran chimenea están los dos hermanos. El viejo guarda del Monasterio le narra como todas las noches, consejas de brujas y fantásticas leyendas. En esta noche se dispone a contarle la leyenda de la Cruz del Diablo. Los dos hermanos se disponen a oirla. "El caso fué que allá por el año de..." Se escenifica esta leyenda, y en los momentos de mas emoción se suspende, para que vuelva a verse la escena en que el guarda cuenta y los Bécquer escuchan...

Estamos en una mañana a los piés de la Cruz del Diablo. Bécquer se queja de su estado de salud... es preciso regresar a Madrid... le faltan las fuerzas.Se siente agorado... Llega el cartero con el guarda, abren la correspondencia, y en un periódico aparece la leyenda que se ha visto. Bécquer le muestra al Guarda el número diciendole: "Aquí está lo que Vd. nos contó; mirelo. El guardián le responde: "Señor, si yo no sé leer".

Estamos en Madrid, y en la casa de Bécquer. El poeta está en su sillón, con su dolor a solas, y con la calentura de su cuerpo y de su inspiración. Es un atardecer de invierno. Valeriano cuida de que nadie moleste al poeta. De cuando en cuando se levantó de su asiento y le pregunta si desea algo. Se oyen unos golpes en la puerta de la habitación. Valeriano se levanta, abre la puerta, la cierra, y se supone que en el pasillo habla con Casta, que trata de ver a su marido. Valeriano se opone... Sería mortal la visita dentro del estado delicadísimo del enfermo; ella, mas que por

amor, por satisfacer su idea, entra en la habitación. El poeta la vé llegar sin inmutarse, resignado, dispuesto a beber hasta la última gota el cáliz de su dolor. Ella le habla para animarlo, pero sus palabras sumen en mayor postración al poeta. ¿Por qué no hablas? ¿Por qué no me dices algo? Pregunta Casta. Béoquer, que ha estado desasido de la conversación, recobrándose, y como recordando algo de remotos dias, dirá parte de la rima: "Todo cuanto los dos hemos callado lo tenemos que hablar...".

Entra Valeriano que quiere llevarse a Casta para que deje descansar al enfermo. Los dos se alejan de la habitación procurando no hacer ruido.

Ya en la puerta, Valeriano vuelve la cabeza, y contempla con inefable ternura a Gustavo Adolfo; luego, al cerrar las cortinas de la habitación dice paternal: "Duerme..." Casta maquinalmente, repite: "Duerme". Pronto estará soñando". El poeta abre los ojos, mira a su alrededor y se convence de que nadie hay en la sala; con gran desaliento exclama:

"De la triste alcoba
todos se salieron.

"Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!

La madrileña calle del Perro, donde tantas veces hemos visto al poeta embebecido en la contemplación de su amor ideal, Julia Espín.- La gente se aprieta para ver pasar un entierro: Se oye la salmodia de los sacerdotes; se vé pasar a los viejos del Asilo con las velas encendidas; pero ni el ataud ni el coche fúnebre han de verse. Deben imaginarse.

Mientras pasa el entierro, y como final, aparecen Julia Espín al piano, vestida de luto, y tocando con mas sentimiento que nunca la marcha de Chopin, la que Gustavo Adolfo queria para su entierro.

D